

Tagore ha llegado mal de salud. Tagore se encuentra enfermo de gravedad en Boston. Tagore viene de convaleciente a Nueva York, para hacer una exposición de cuadros.

Yo había leído esto en la prensa norteamericana y no pensaba acercarme a él, a pesar del cariño —de los cariños— que le tengo: cariño de su literatura y de su pedagogía de cera y miel, de sus muchos poemas y de su única escuela.

Pero yo pasaré el día de Acción de Gracias (27 de noviembre) entre la familia Migel, y precisamente Parmenia Migel está encargada de su exposición. Acabado el almuerzo sencillo y ritual, ella me convida a acompañarle en su visita cotidiana al maestro.

Yo me acuerdo de aquella cara rendida, y rehusó; yo le veo aquel cuerpo que da un periódico, que camina derrengadito, y digo otra excusa; a la tercera tentación, yo acepto villanamente como cualquier otra . . . Con la hipocresía de algunos "compasivos", explico a mi amiga que no preguntaré nada y que me conformaré con mirarlo.

Tagore está alojado en un apartamento elegante que le ha cedido una amiga norteamericana, y recibe en la biblioteca espaciosa y clara, de muros cargados de libros, muebles profundos y mesas llenas de chucherías mundiales. La dueña de casa viaja mucho y acarrea primores que vuelca en este cuarto.

Un escultor hace ni mal ni bien, un busto del poeta. El modelo está sentado a disgusto suyo sobre la consabida tarima, como un pájaro mecánico al que se hace volver el cuello a cada momento, cambiar de lado y probar las luces.

Después que se ha cansado de posturas, baja la tarima, y yo veo venir la personita menuda, casi femenina, más viejecita que viejo, con el paso de lana de sus zapatillas, que llega a sentarse en el sofá donde nosotros estamos. Más pequeño parece por la bata que da anchura a la espalda mínima, más por el ovillamiento de su cuerpo en el diván, más por lo dobladito que se pone para oír a Miss Migel que le habla del mal negocio de su exposición.

No se ve tan acabado como está un europeo a los setenta años. La varonía se le olvida al verle caminar y al sentarse, pero no cuando se le mira a los ojos, ellos sí fuertes de su ardencia.

Me acuerdo yo recibéndole esta mirada viril, de sus traducciones. Las españolas de la señora Jiménez dan en demasía la dulzura tagoreana, y anegan en cierta melaza la fuerza ardiente; las traducciones

## Un Tagore de Nueva York

= De La Nación. Buenos Aires. =



El Tagore

francesas dan las dos cosas, un jugo de la uva que estando dulce, ya embriaga un poco; la traducción inglesa dicen que es el poeta entero. Lo traducen como le retratan, con el designio de hacerlo Buda más Cristo, porque las gentes quieren que él sea eso y no lo demás. ¡Lástima de falsificaciones!

Como quien le ensaya máscaras, yo le pongo y le quito las fotografías y los dibujos que conozco, desde los de sus mocedades de príncipe corporal y político, hasta su última vejez que estoy viendo. Todos le vienen . . . y no le vienen. Las canas son más luminosas que en otra cabeza, unas bellas canas lustrosas, que parecen aceitadas, o mejor, azogadas. Las arrugas se borran en la piel oscura que es la que mejor las disimula; el cráneo es más delicado de lo que se lo apuntan, más ligero en los pómulos; la nariz es la más bella que haya respirado, en un aguileño tierno de águila de un mes; la barba, que el escultor la explota abusivamente, es lo menos mosaico del mundo,

corta y aireada, apenas un vapor de labio abajo; una piel del moreno mejor, no marroquí ni mongólica, ni indígena, es decir, no negra, ni amarillenta, ni verdosa, sino del canela árabe-español.

Lo que ningún retrato me había dado, lo que vengo a saber mirándole, es la ironía constante del rostro y que le nada como una pajita de oro en la dulzura de la mirada, estorbándose como una pajueta, que le arrisca en lo bajo la mejilla, le baña la boca y se le pierde en la barba . . . Con ella recibe, con ella sustenta y despide al visitante, y lo desorienta en el primer momento. ¿Por qué no había de tener al cabo su ironía, a pesar de sus sermones pedagógicos, o a consecuencia de ellos mismos? Muchas cosas grotescas y desparramadas ha visto él en su mundo hindú-británico del Asia, muchas otras del occidente que camina de malas ganas. Como el hindú se proyecta a sí mismo mejor que el blanco, él debe estar mirándose en este momento sentado en una sala de Nueva York, enfrente de aquel retrato de una dama antigua con sombrero de copa y de otro retrato de niño lechosamente rubio, que le han puesto como sucesor de los prietitos de Sankenitan. Otros orientales además de él han criado ironías, como Omar Kayyam, como el Kahlil Gibran que me conversó ayer, como el Salomón, abuelo de ambos.

Lástima grande que esta sonrisa que le forma una doble cara aérea no vaya a quedar fijada en ninguna parte, por culpa de fotógrafos y pintores. Ellos no piensan sino en sacarle a los cartones

actitudes y dejos evangélicos, y se las ajustan, para acomodar su rostro todo lo posible a la aureola mesiánica, que le han fundido Sankenitán y el Premio Nobel por iguales partes.

Él sigue hablando a mi amiga casi en un cuchicheo, doblándose hacia ella, sobre el mal negocio de su exposición, y entre noticia y noticia, ella va pasando los libros que le han dado y que él firma con una legítima paciencia budista y con una indiferencia dulce, igual a la de su cara. La mano chiquita hace el garabato largo y embrollado de la firma, y se queda después picando en su bata, hasta coger el otro libro. No tiene prisa y si acabara más pronto, caerían otros libros y retratos que firmar; mejor es que no se afane . . .

Cuando quito los ojos de él, recorro a su gente. Lo mejor del corro es el director del Museo Hindú de Boston, que ha venido a dejarle un admirable mestizo de indostánico e inglesa que lo mira con pena.